

# **Ser psicólogo clínico sin el reconocimiento de sus pares: ¿es posible no practicar el psicoanálisis?**

## **Reflexiones sobre la clínica y la transmisión freudiana desde la perspectiva de un psicólogo francés en España.**

Coloquio FEP: Las paradojas de la transmisión en psicoanálisis  
Barcelona, 13, 14 & 15 de junio de 2025

**F. DESPLECHIN<sup>1</sup>**

La cuestión de la transmisión del psicoanálisis preocupó a Freud hasta el final de su vida. Tras su muerte, continuó atravesando la historia y las instituciones del psicoanálisis. También concernió a Lacan, quien se enfrentó a ella personalmente en cada una de sus rupturas institucionales.

Así, en 1953, dentro de la SPP<sup>2</sup>, de la cual Lacan acababa de ser elegido presidente, surgió un conflicto entre él, D. Lagache, F. Dolto y algunos otros analistas frente a S. Nacht. La disputa versaba sobre varios puntos, entre ellos la formación de los analistas. S. Nacht defendía una posición respetuosa de criterios estrictos de la práctica analítica – especialmente respecto a la duración de las sesiones – y buscaba conformarse con los criterios de la IPA<sup>3</sup>. Al final de este conflicto, Lacan fue excluido de la SPP, una de las razones siendo sus prácticas consideradas no convencionales, en particular las sesiones de duración variable. Lacan siguió entonces a D. Lagache en la escuela que fundó: la SFP<sup>4</sup>.

En los años siguientes, la SFP, más abierta a la cuestión del análisis laico que la SPP, intentó integrarse en la IPA. Pero esto no prosperó, y en 1963 se reprodujo el conflicto entre Lacan y la IPA, la cual solo aceptaba integrar la SFP con la condición exclusiva de que Lacan fuera apartado de sus funciones de psicoanalista didacta —es decir, de formador, o transmisor del psicoanálisis.

Frente a la negativa a apartar a Lacan, la SFP permaneció no reconocida por la IPA y fue disuelta poco tiempo después. Lacan fundó su escuela, la ECF<sup>5</sup>, que disolverseía poco antes de su muerte en 1980. Durante los años de la ECF, continuó trabajando la cuestión de la transmisión del psicoanálisis, incluyendo, entre otros, el procedimiento de la *passe (el pase)*.

---

<sup>1</sup> FRANÇOIS DESPLECHIN. Barcelona, Psicólogo, doctor en psicología clínica y psicoanálisis  
Miembro de la Fundación Europea para el Psicoanálisis (FEP)

Profesional colaborador de la red Umbral

Miembro de Discurso Psicoanalítico

[francois.desplechin@gmail.com](mailto:francois.desplechin@gmail.com)

<https://francoisdesplechin.com/>

<sup>2</sup> SPP : Société Psychanalytique de Paris.

<sup>3</sup> IPA : International Psychoanalytic Association (fundada por Freud y Ferenczi).

<sup>4</sup> SPF : Société Française de Psychanalyse.

<sup>5</sup> ECF : Ecole Freudienne de Paris.

Pero aquí nos centraremos más bien en la fórmula célebre de su texto de 1967<sup>6</sup>, en la que introduce la palabra «autorización», palabra que va más allá de la transmisión en sí y abre una nueva perspectiva sobre esta problemática. Volveremos a ello.

## I. Ser o no ser psicólogo... migración, reconocimiento y autorización

Al preparar esta intervención, me di cuenta de que a lo largo de mi trayectoria clínica – es decir, después de que me fue transmitida la enseñanza universitaria en psicología, y mientras ejercía en instituciones desde hace varios años – mi relación con la escucha freudiana había sido puesta nuevamente en juego mediante una experiencia administrativa en la que se puso a prueba el reconocimiento de mis pares – aunque, sin embargo, en forma de una falta de reconocimiento.

Quisiera mencionar esta experiencia burocrática que tuvo lugar a mi llegada a España, porque concierne precisamente a la cuestión del reconocimiento, y porque reactivó de manera inesperada la cuestión de mi autorización para ejercer el psicoanálisis —y por tanto la de su transmisión.

La cuestión de estos encuentros, en el fondo, podría formularse así: «*¿qué hace que un clínico se autorice a escuchar como psicoanalista?*»

Soy psicólogo clínico, fui formado en la universidad en Francia. Mi formación en psicología clínica es la del psicoanálisis. Mis profesores se referían a Freud, Lacan o Winnicott.

Sin embargo, nunca me definí como psicoanalista. El diploma que me había otorgado la universidad era el de psicólogo clínico, y ese significante me bastaba porque se refería para mí a una formación psicoanalítica transmitida en el plan de estudios público.

Al llegar a Barcelona, para poder trabajar, solicité el «reconocimiento» de mi diploma europeo de psicólogo clínico. Esto resultó ser un semi-fracaso. Creía que los años de reformas caóticas emprendidas por Europa para armonizar las universidades europeas nos habían librado de la cuestión de las equivalencias administrativas, ¡pero no! Y he aquí que años después, algo fallaba nuevamente en el reconocimiento.

En efecto: al término de este procedimiento, fui reconocido aquí como psicólogo, pero no como «*psicólogo clínico*», ni como «*psicólogo general sanitario*».

Sin embargo, este reconocimiento «defectuoso» tenía algunas consecuencias: de hecho, al no ser *psicólogo general sanitario*, me explicaron en el colegio de psicología que me estaba prohibido hacer diagnósticos, aplicar tests... o tratar pacientes.

Esto estaba reservado a psicólogos clínicos y psicólogos generales sanitarios. En cambio, nada me impedía establecerme en práctica privada y atender como psicólogo. Pero no como clínico. Entonces, era una situación curiosa: mi nueva situación me prohibía hacer algo que no realizaba pero que pertenece a mi formación y competencia (tests y diagnósticos), pero también parecía impedirme hacer algo cuyos contornos son mucho más difíciles de definir y que merece amplios debates teóricos: tratar (cuidar).

---

<sup>6</sup> Lacan, J. (1967) « Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela » en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pp. 255-278.

Este punto parecía más problemático. Puesto que podía recibir a personas para entrevistas psicológicas, quise saber qué ocurriría si, con estas entrevistas, mis pacientes mejoraban. ¿Constituiría esto un tratamiento? ¿Y se debería entonces considerar que habría realizado un ejercicio ilegítimo de la competencia del psicólogo clínico o del psicólogo general sanitario? Y en ese caso, ¿debería informar a mi paciente de las consecuencias de su potencial mejora sobre mi posición profesional? ¿Y se debía deducir que, para salir de esta situación, ahora dependía de él renunciar a su mejora, ya sea poniendo fin al tratamiento o dejando de parecer «tratado»?

Mi interlocutor no supo responderme.

Lo pintoresco es que, con el tiempo, me di cuenta de que no era la primera vez que era testigo de algo de este orden, puesto que, cuando trabajaba en un centro de atención a adicciones en Marsella, con ocasión de una truculenta reforma administrativa, un funcionario del estado vino a informar al equipo que los psicólogos del centro ya no tendrían derecho a realizar entrevistas psicoterapéuticas.

Para respetar el protocolo y poder seguir trabajando, continuamos realizando entrevistas tituladas clínicas.

Es que estos fracasos de reconocimiento tenían el mérito de clarificar las cosas: y dado que no eran objeto de contiendas administrativas barrocas en esos lugares, veía difícil cómo podría no escuchar de la manera en que había aprendido a hacerlo y que había sido reconocida.

## II. La universidad y la transmisión del psicoanálisis

En la universidad, una de las primeras veces que un profesor nos habló de psicoanálisis, fue para mencionar a un paciente que, contando un sueño a Freud, dijo, acerca de uno de sus personajes: «*¡no vaya a imaginar que es mi madre!*».

Y Freud anotó: «*entonces es su madre*».

Escuchar esto era a la vez perturbador y misterioso. Uno se preguntaba si «*era en serio*», al mismo tiempo que era imposible no percibir que había algo más profundo.

Otro momento, proveniente de la clínica de Lacan, produce un efecto similar. Un paciente viene a consultarlo para un análisis. Al final de la sesión, Lacan le pregunta cuándo puede venir. El paciente, haciendo un largo inventario de su semana muy ocupada, responde tras muchas contorsiones que podría liberarse «*todos los días excepto el jueves*», y Lacan dice: «*muy bien, hasta el próximo jueves, querido*<sup>7</sup>».

Estos dos ejemplos iluminan la hipocresía de las convenciones y la resistencia manifiesta del sujeto a su propio discurso. Respetar la convención, creer en lo que se dice manifiestamente, ya es participar en la resistencia del paciente.

Sin embargo, si, como dice el argumento de estos encuentros, «*el psicoanálisis no se aprende propiamente en la universidad, ni en los libros, ni en los congresos*», y si los congresos y los libros pueden rigidizarlo en una teoría científica —podemos pensar en los

---

<sup>7</sup> Allouch, J. *¿Hola Lacan ? ¡Claro que no!*, traducción M. y N. Pasternac, Edelp, Buenos Aires, 2001.

escritos de G. Roheim, en la posición de S. Nacht, o en el libro de A. Didier-Weill<sup>8</sup> sobre la manera en que la pulsión de muerte puede insertarse en la teoría— no se debe concluir que su enseñanza sea por ello imposible.

Y es necesario, para que el practicante pueda ejercer el análisis, que haya sido introducido a este saber por una comunidad de *practicantes* de ese saber.

Si la transmisión analítica es efectivamente una experiencia del orden de la soledad y de la singularidad, requiere, no obstante, me parece, para ser adquirida, un reconocimiento compartido. Por otra parte, si, como subraya L. Izkovich, ninguna escuela podría hacer «*suplencia a la experiencia analítica*», ni siquiera ser «*un lugar que atestigüe una garantía*», una escuela puede no obstante «*apoyar el deseo de los analistas para evitar que la experiencia analítica se reduzca a una terapéutica*<sup>9</sup>».

### **III. El reconocimiento: una condición de la autorización**

La cuestión de la autorización excede la de la transmisión. Una y otra están vinculadas, pero no son lo mismo.

En la propuesta de 1967, Lacan introduce su fórmula: «*el psicoanalista solo se autoriza a sí mismo*<sup>10</sup>», que completará años más tarde con «...y a algunos otros».

Lacan parece entonces, en un primer momento, primero desligar la cuestión de la autorización de la del reconocimiento, antes de invertir esta proposición: para entender que sin reconocimiento (¿pero cuál?), la autorización está vacía o fantaseada (se podría decir «*forcluda* »).

Que « *el psicoanalista solo se autoriza a sí mismo y a algunos otros* » parece, por tanto, hacer entender la cuestión de la transmisión de manera diferente y nos lleva a preguntarnos *qué se necesita para que un sujeto se autorice*.

El reconocimiento es un procedimiento complejo que excede la certificación del diploma, y muchos clínicos consideran que es a Freud, a sus analistas, a los intercambios con sus colegas, a los encuentros profesionales, a los congresos de instituciones analíticas, a los libros y a los pacientes que han encontrado y que les han otorgado su confianza para escucharlos, a quienes deben su profesión más que a las homologaciones administrativas.

Y la historia del psicoanálisis, en sí misma, lo evidencia: basta, para convencerse, considerar el papel decisivo que jugaron allí clínicos y teóricos que se volvieron imprescindibles para la disciplina —y que, sin embargo, no eran ni psicólogos ni psiquiatras, se pensará en M. Klein, M. Bonaparte, Lou Andreas-Salomé, O. Mannoni, C. Castoriadis, M. Safouan, R. Chemama o también J.-B. Pontalis.

A este respecto, el tiempo parece haber confirmado a D. Lagache en su intuición de que no era deseable condicionar el ejercicio del psicoanálisis únicamente a los médicos<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> Didier-Weill, A. (2004) *Memorias de Satán: ensayo sobre la manera de hacer bien el Mal y hacer mal el Bien*, traducción por Patricia Williner. Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2006.

<sup>9</sup> Izkovich, L. (2005). La formation de l'analyste. Champ lacanien, 2(1), 47-54.

<https://shs.cairn.info/revue-champ-lacanien-2005-1-page-47?lang=fr>

<sup>10</sup> Lacan, J. « Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela », ya citado.

<sup>11</sup> Vuelve a encontrar la problemática del “análisis profano”.

Freud, S. (1926). *La cuestión del análisis profano*. Trad. C. Nieto Blanco. Madrid, Alhambra Editorial, 1998.

#### IV. Una ética del no-saber: entre Sócrates y Freud

La enseñanza supone la transmisión de un saber. Así funciona la universidad y la enseñanza: uno transmite un saber que posee, a otro que lo solicita.

Pero es interesante notar que el saber no solo concierne a la transmisión y que también está subyacente en la mecánica de la transferencia.

Es al suponer un saber sobre su mal que el paciente inicia la transferencia.

El *sujeto-supuesto-saber* funciona sobre la misma dinámica que el deseo, y la mecánica del amor es la misma que la del sufrimiento: admiro a este terapeuta – lo deseo, deseo ser él, deseo que me prefiera, tantas versiones de «*deseo que me dispense su saber sobre mi mal*» – en fin, transfiero, porque he alojado en él el objeto del saber sobre mi mal (versión terapéutica), o porque posee el objeto-causa de mi goce (aspecto del deseo). Lacan destaca ciertos aspectos de la relación entre saber y transferencia en la propuesta de 1967. Lejos de ser del orden de alguna intersubjetividad o empatía, la transferencia es asimétrica y la solicitud de cuidado es ya la demanda del sujeto.

El analista tiene algo que ver con Sócrates. Freud, ya, percibía el peligro de la atracción del saber: a menudo es un parche del Real. Dicho de otro modo, el problema suele ser la respuesta más que la pregunta – y esto hace eco nuevamente a Lacan, quien escribe a los analistas: «*si han comprendido, seguramente están equivocados*».

En este sentido, el discurso mercantil es casi el antídoto del discurso analítico, en cuanto ofrece un objeto que corresponde a la demanda, allí donde el proceso transferencial llega a su reverso: es decir, al hecho de que no hay objeto de la demanda – entender: que pueda colmar la falta.

Eso no significa, sin embargo, que el analista no sepa lo que hace. Hay, ciertamente, un saber, pero es un saber-hacer, un saber-escuchar, un cierto gesto de presencia ante la demanda.

Si lo único que Sócrates considera seguro es que no sabe, entonces el psicoanálisis encuentra en ello una familiaridad, en cuanto puede, sin ausentarse, establecer una ética del no-saber. Puede ser prudente no responder (comprender) demasiado rápido, porque eso dibuja un espacio para que se entienda lo que se pide en los laberintos del discurso.

#### Conclusión: una autorización subjetiva, un estilo de escucha

Cuando el reconocimiento ha tenido lugar por el Otro – en cuanto corresponde a la instancia de reconocimiento de su deseo en el practicante – es difícil revertirlo desde el lugar del otro.

Que «*el analista se autorice a sí mismo... y a algunos otros*», puede quizás entenderse así: quien «*se ha autorizado*» no dice otra cosa que asume su elección *porque* ha sido reconocido y autenticado por algunos otros.

La fórmula de decir que el psicoanalista solo se autoriza a sí mismo, es quizás imperfecta y, en una escritura lacaniana, se querría notar:

El reconocimiento del deseo participa en la transmisión para que «*el psicoanalista solo se autorice (a sí mismo)*».

Al final, quizás el psicoanálisis se transfiere más de lo que se transmite.